CULTURA&OCIO

«El arte era el reflejo de un ideal aragonés»

● Alberto Castán publica 'Señas de identidad. Pintura y regionalismo en Aragón, 1898-1939' (IFC)

● «Quería conocer la época y ver cómo las obras mostraban una serie de inquietudes», dice el autor

ZARAGOZA. Alberto Castán Chocarro (Zaragoza, 1980) ha invertido casi una década en una investigación detectivesca de la pintura regionalista en Aragón que ha dado valiosos frutos: su tesis doctoral, la exposición 'El ideal de Aragón', que se exhibió en el Paraninfo de la Universidad, y un libro de síntesis que acaba de aparecer: 'Señas de identidad. Pintura y regionalismo en Aragón (1898-1939)' (Institución Fernando el Católico). Ha seguido rastros de artistas y ha contactado con sus descendientes, ha visto cuadros que no se habían contemplado e incorpora casi un centenar de imágenes a su obra.

El libro propone un viaje artístico e histórico en torno a un período marcado por dos dramas bien distintos: la pérdida de las colonias y la Guerra Civil. En medio quedan muchas cosas: la Exposición Hispano–Francesa de 1908, la de 1919 –de la que se ha hablado poco–, la decoración del Casino Mercantil y luego de la Confederación Hidrográfica del Ebro, la vida breve de la Asociación de Artistas Aragoneses (duró tres años y se inspiró en la de Artistas Vascos, que expuso en Zaragoza) y la dictadura de Primo de Rivera, etc.

Alberto Castán, ante un lienzo de ansotanas de Gil Bergasa, en la sede de la DPZ. GUILLERMO MESTRE

Nación e identidad

Ese período concentra los ecos de un costumbrismo tocado de diversos matices de sofisticación, el paso a una estética distinta, vinculada al aragonesismo, y la contaminación de algunas líneas de vanguardia. Castán abunda en todo ello y se centra en catorce artistas: Félix Lafuente, Juan José Gárate, Ángel Díaz Domínguez, Francisco Marín Bagüés, Rafael Aguado Arnal, Miguel Viladrich, Ramón Acín, Julio García Condoy, Manuel Léon Astruc, Justino Gil Bergasa, Vicente Rincón, Joaquina Zamora (la única mujer de la selección), Félix Gazo Burriel y Ramón Martín Durbán. Retrata a cada uno en un perfil de un par de páginas.

Castán recoge una frase de 1865 de Hippolyte Taine, que le permite ubicarse o iniciar el vuelo: «La obra de arte está determinada por el conjunto resultante del estado general de espíritu y de las costumbres ambientes». Luego lanza una mirada general sobre Europa y el mundo, y verifica que «el regionalismo pictórico fue un fenómeno internacional». De Europa, de Latinoamérica o de los Estados Unidos, «allí después del Crack de 1929», dice.

A partir de ahí, ya se zambulle en la materia central de su análisis meticuloso. Explica: «Más que autores concretos, quería conocer la época y ver cómo la pintura reflejaba una serie de inquietudes artísticas sociológicas, y me propuse entender por qué pintaban así. Y por qué algunos se quedaban rezagados, y por qué les importaban tanto Aragón y el aragonesismo. El arte era el reflejo de un ideal aragonés».

Castán distingue entre costumbrismo y regionalismo; para él los «pintores regionalistas reflejan la potencia de la simbología del fin de siglo. Si los costumbristas estaban preocupados por escenas alegres, luminosas, el paso al regionalismo registra la representación de un ideal y de una identidad». Eso sucedía en Cataluña, en Galicia, en el País Vasco, aunque cada uno lo enfoca a su manera. Zuloaga, que será fundamental para los aragoneses como para los pintores vascos, decía que él «quería pintar ideas. Quería pintar la esencia de España; no quería pintar realismo». Sorolla y el citado Zuloaga fueron capitales en la pintura regionalista aragonesa: Sorolla estuvo en varios sitios del Alto Aragón, en Jaca, y se interesó mucho por el traje ansotano; él y el aragonés Justino Gil Bergasa pintaron a dos mujeres de Ansó que iban de vez en cuando a vender por Madrid. Sin embargo, Zuloaga, que había estado en Francia y era incomprendido en España, fue decisivo a través de su propia pintura y de su pasión por el paisaje aragonés (estuvo en Alquézar, en Graus, en Barbastro) y su fascinación por Goya y Fuendetodos. Zuloaga era amigo de Rafael Aguado Arnal, el pintor del Ebro, y gracias a este visitó el Centro Mercantil, donde descubrió la obra del riojano (residente en Zaragoza desde niño) Ángel Díaz Domínguez; Castán, ultima una exposición de su obra.

Uno de los años clave de la evolución pictórica de esta corriente fue 1905 y uno de los pintores capitales es Francisco Marín Bagüés con la primera versión del cuadro 'Las tres edades', donde logra una imagen poderosa, mejorada en 1919. Algún tiempo atrás, Juan José Gárate había hecho uno de sus mejores cuadros: el retrato de 'Basilio Paraíso' (1900), aunque este artista despierta alguna suspicacia en Castán. Con todo, Gárate es autor de uno los grandes cuadros del siglo XX en Aragón: 'Zaragoza 1908', que no llegó a presentarse en la muestra de la plaza de Los Sitios, sino unos meses después. Ese cuadro tiene algo de retrato de los próceres de la tierra y de carné de representación de un pueblo: Cajal, Costa, Pradilla, Mariano de Cavia, Florencio Jardiel, el citado Paraíso, el escritor José María Matheu...

Revelación de artistas rebeldes

«La Exposición Hispano-Francesa de 1908 permitió a nuestros artistas ver la pintura española y francesa que se estaba haciendo. Fue como abrir una ventana». Después nacerían las muestras nacionales de Bellas Artes y, ya en 1915, se organizó la exposición regional de la revista 'Paraninfo', en la que colaboraba el artista uruguayo Rafael Barradas, casado en Luco de Jiloca. Poco a poco, algunos artistas ganaron en presencia y calidad: Ramón Acín, que «es un innovador que se afirma en el clasicismo, en la tradición, y crea piezas humildes pero muy interesantes», Martín Durbán, Miguel Viladrich, al que aquí se bautiza como «el pintor de Aragón», o Vicente Rincón, que abrazará el expresionismo. Otra figura que sale realzada es Julio García Condoy, autor del espléndido 'Esperando al vencedor' y de otro cuadro que apenas se había visto nunca: 'Desnudo (La sadraiata)', de aroma simbolista.

ANTÓN CASTRO